

CAPITULO VI.

El Arte como medio de educación.

El Arte y el sentimiento de lo bello.—Valor educativo del primero.—Inclinación de los niños hacia el Arte.—Manifestaciones de ella: el juego.—Necesidad que se impone en toda educación de atender á la cultura artística.—Valor ético y eficacia educativa de esta cultura: concurso que presta á la de la inteligencia.—Influencia moralizadora que puede ejercerse mediante la enseñanza artística en las clases populares y, por lo tanto, en las costumbres públicas.—El Arte como fuente de placer.—Consideración de dicha enseñanza como un medio de favorecer en las escuelas las aptitudes peculiares de los niños.—Conclusión.

Según antes de ahora hemos insinuado, al desarrollo del sentimiento estético, del gusto de lo bello, cooperan, conjuntamente con la Naturaleza, las Bellas Artes, en cuyo culto es necesario iniciar también á los niños; que al fin son, como oportunamente se ha dicho, «los medios imaginados por la inteligencia humana para reproducir, conservar y avivar en las almas el sentimiento y el amor de lo bello» (1).

Nos ofrece la Naturaleza formas plásticas para la representación de toda la belleza sentida y concebida por la mente humana, que realiza semejante labor mediante dichas Artes, que en tal caso, no son

(1) A. PELLISSIER. V. el vol. citado de su obra *La Gymnastique de l'esprit*.

más que una traducción inteligente de las bellezas que entraña la Naturaleza. Así, ha podido decirse por el autor citado, que «lo bello en las Artes es una traducción y una interpretación de las bellezas de la Naturaleza,» que, pudiera añadirse, transfigura é idealiza ó espiritualiza el hombre por medio del Arte.

En tal sentido, es aplicable á éste, como medio de cultura general y especialmente de educación estética, lo que en las páginas precedentes hemos dicho respecto de la Naturaleza.

Consistiendo el Arte esencialmente en la realización ó expresión de la belleza, no es extraño, antes lógico y natural, que sientan los niños hacia él la misma inclinación que hemos visto que muestran desde los albores de su vida por lo bello en general y por las bellezas naturales en particular. «La vida de los niños pequeños, dice Mme. Necker de Saussure, es un sueño placentero, prolongado, sostenido de intento. Sin cesar inventores de escenas, y decoradores ó actores, sus juegos se deslizan en la ficción y casi son poetas en medio de la puerilidad» (1). Las aficiones que muestran aun los niños más pequeños en favor de la Música, de la Poesía, del Dibujo, de las construcciones y de las estampas, por ejemplo, según antes de ahora hemos dicho, son no sólo expresión del sentimiento de lo bello tomado en general, sino como una determinación del sentido artístico que más ó menos vigoroso late ya en el fondo de sus almas. Con ocasión de la Música se evidencia en los niños el gusto por las emociones artísticas.

Para no insistir en lo tocante á la propensión de los niños hacia lo bello artístico (pues basta con lo

(1) MME. NECKER DE SAUSSURE. *L'éducation progressive*. T. I, 4^e édition. Paris, Garnier Freres, 1864.

dicho antes al intento de mostrar la que sienten en favor de la belleza en general), nos limitaremos á recordar el valor estético que hemos atribuído al juego (capítulo III), que á los ojos de algunos filósofos es la expansión natural de esa actividad desinteresada que los niños despliegan en él y de que el Arte vendrá más tarde á alentar y satisfacer las libres aspiraciones. Sin negar que, como afirma M. Joly, exista necesariamente entre el juego y el Arte propiamente dicho una obligada transición, que realizamos por la reunión de los sentimientos más elevados, de los gustos más delicados y de las ideas más amplias que nos proporciona una buena educación, es lo cierto que si el juego no lleva precisamente por sí mismo al desenvolvimiento estético, en él revela ya el niño su fuerza creadora, su actividad artística, y que bien dirigido, puede conducir al Arte verdadero, el que, por otra parte, es, como el mismo autor admite, «un juego de orden superior, un juego en el que se dilata y descansa nuestra alma, pero sin que este descanso cueste nada á la delicadeza de sus sentimientos, ni á la solidez de su razón» (1).

Ocioso parecerá que digamos aquí que la cultura artística se impone como una exigencia derivada de nuestra misma naturaleza, en la que, como fácilmente se colige de las indicaciones que acaban de hacerse y de las que se hicieron al tratar del amor á lo bello como inherente á nuestro ser (capítulo I), existe algo que revela tendencias congénitas á gustar y aun realizar los frutos debidos á la actividad artística, pues el hombre nace, no sólo contemplador y consumidor, sino creador y productor; y una educación que atienda debidamente á todas las manifestaciones del alma humana, que sea comple-

(1) H. JOLY. *Notions de Pédagogie*. Paris, Delalain Frères, 1884.

ta, no puede menos de cuidar esas tendencias, hijas del natural impulso creador del hombre, y por lo mismo, preocuparse del cultivo de las energías que las determinan. Pero aparte de esto, se impone la cultura en cuestión, por virtud del valor ético y la eficacia educativa que el Arte entraña, y que el común sentir declara mediante la frase, que corre como aforismo vulgar, de que «las Artes mejoran y dulcifican las costumbres privadas y públicas».

Al purificar y ennoblecer el alma, proporcionándole goces puros y desinteresados, embellecen las Artes la vida, que, por lo mismo, hacen más amable, dando descanso al fatigoso batallar diario y procurando al espíritu esparcimientos tan honestos como placenteros. Una educación exclusivamente intelectual, no interrumpida y animada por el vagar deleitoso á que pueden entregarse los que tienen despierto y cultivado el gusto artístico, conduce á una tristeza profunda, que al cabo se traduce por un disgusto no menos profundo de la vida (1). Por esto dice Bain con gran oportunidad: «Si consideramos la educación como un medio de hacer dichosos á los hombres, debe ciertamente comprender el conocimiento de las Artes» (2), cuyo cultivo desvía insensiblemente á muchas personas de distracciones ilícitas á la vez que nocivas para la salud del cuerpo y del alma. El mismo Spencer, que mide la importan-

(1) Testimonio de ello es STUART MILL, según refiere en sus *Memorias*, que á los veinte años poseía una gran cultura intelectual y con ella un grande y profundo hastio de la vida. Un libro de poesías que cayó en sus manos, le hizo tomar gusto á la Música, con lo que se vió salvado, confortado por el sentimiento; comprendió entonces la importancia de las primeras emociones, de los sentimientos que nos apegan á la vida y la embellecen con sus atractivos.

(2) ALEX. BAIN. *La Science de l'éducation*. Paris, Germer Bailliére, 1879. De esta obra se han hecho dos versiones al castellano.

cia de los estudios conforme al criterio del valor práctico, á la manera que lo entiende el positivismo de que es campeón valioso, concede gran importancia á la cultura artística y á los placeres que proporciona: «Sin la Pintura, la Escultura, la Música, la Poesía, dice, y las emociones producidas por las bellezas naturales de toda especie, perdería la vida la mitad de su encanto», por lo que afirma que los goces que procura la educación del gusto, ocuparán en lo porvenir mucho más lugar que al presente en la vida del hombre (1).

Como elemento educativo de un poder incomparable, se impone, cuando menos, el Arte en toda regular cultura, y en tal concepto se aconseja por muchos su inclusión en los programas escolares. Tratando de mostrar esta alianza de la educación estética con la moral, se consignan y repiten todos los días frases como éstas: «Mostrar á los niños y á los adolescentes bellas esculturas, bellos cuadros, bellos edificios, es un excelente medio, no sólo de desenvolver en sus espíritus el sentimiento de lo bello, sino de imprimir á su educación general un carácter elevado» (2). «La Música transmite al alma no sé qué contagio de orden y de armonía. La Poesía nos eleva, nos encanta por sus inspiraciones más precisas; nos conmueve de admiración por todas las bellas obras que celebra y que propone como modelos al entusiasmo que excita en nosotros.... A los que nieguen la influencia moralizadora del Arte, que no quieran comprender cuán poderoso es éste para purificar y ennoblecer las almas, podríamos responderles que los

(1) HERBERT SPENCER. *L'éducation intellectuelle, morale et physique*. Paris, Germer Baillière, 1878.

(2) ROUSSELOT. En su citada *Pédagogie à l'usage de l'enseignement primaire*.

sentimientos estéticos son por sí mismos buenos, nos procuran goces exquisitos, saludables y sanos, y son buenos también porque reemplazan á otros sentimientos y sustituyen á placeres inferiores, de un orden puramente material, en los que se pervierten las costumbres y se envilece el corazón» (1).

La indicación que se hace en estas últimas palabras y cuyo sentido hemos insinuado antes, obliga á que nos detengamos en un punto que reviste capital importancia. Nos referimos al efecto moralizador del Arte, respecto de ciertas clases sociales y á su influencia bienhechora sobre las costumbres. Uno de los objetivos á que más principalmente se mira en todos los países al tratarse de vulgarizar los conocimientos relativos á las Bellas Artes, es el de crear en las gentes del pueblo el hábito de buscar en sus horas de descanso placeres más puros que los que comúnmente constituyen sus distracciones, y desviarlas, por este medio, de la taberna, de los juegos de azar y de la ociosidad, con razón considerada desde muy antiguo como madre de todos los vicios. Las sociedades corales entre artesanos contribuyen poderosamente en muchos países á este resultado, al que no dejan de cooperar las Escuelas de Dibujo, las Exposiciones de Pintura, Escultura, etc.; los museos, los periódicos ilustrados, los libros literarios y el Teatro. En los países donde no se hallan vulgarizados y difundidos estos medios de cultura, que tanto sirven para calmar y apaciguar el ánimo, las gentes se entregan habitual é insensiblemente á ese otro género de distracciones, causa de su malestar moral y económico, que no puede menos de trascender de la esfera privada á la pública.

(1) COMPAYRÉ. En su citada *Cours de Pédagogie théorique et pratique*.

«¿Sucedería lo mismo, pregunta un escritor francés, si las clases populares estuviesen en estado de gustar las satisfacciones de un orden superior que proporcionan las cosas bellas. si estuviesen instruídas, siquiera fuese en escasa medida, para recrearse con esta especie de divina y saludable embriaguez que producen por el oído y la vista las proporciones y la armonía? El hombre del pueblo, sobre el cual pesa con tan gran pesadumbre la fatalidad material, ¿no encontraría el mejor alivio á su dura condición, si tuviese abiertos los ojos para lo que Leonardo de Vinci denominara la *belleza del mundo*, si estuviese también llamado á gozar de las gracias que se ven repartidas sobre ese vasto mundo, y que, hechas sensibles al corazón, como expresaba Pascal, dulcificarían más que nada sus amarguras, y más aún, le darían el presentimiento y el gusto anticipado de mejores destinos?» (1)

De las precedentes consideraciones no se infiere sólo que el Arte tiene positiva eficacia moralizadora, sino que para todo el mundo constituye un excelente medio de ocupar las horas de vagar, los intervalos de la vida activa, con distracciones deleitables al mismo tiempo que puras, por lo que se consideran también las emociones que proporcionan las Artes como una fuente de placer. Añádase á esto que, como Bain y Compayré afirman, los placeres artísticos disponen para los estudios serios, lejos de alejarnos de ellos, y cuando se les deja, volvemos sin esfuerzo y sin desorden á nuestros trabajos y obligaciones cotidianos (2).

(1) RAVAISSON. Artículo sobre el *Art*, del *Dictionnaire de Pédagogie et d'instruction primaire*, publicado en París bajo la dirección de M. Buisson.

(2) En sus citados libros. BAIN se expresa de este modo: "En las emociones que proporcionan las Artes, debemos ver ante todo

A lo dicho respecto del valor educativo de las Bellas Artes, puede añadirse que al cultivar el gusto de lo bello, el sentimiento estético, al moralizar las costumbres, procurando distracciones del orden mejor y más elevado para las horas de descanso, y al estimular el trabajo de la inteligencia, cultivan la imaginación y contribuyen de un modo poderoso al desarrollo adecuado de los sentidos de la vista y el oído, por donde nuevamente vienen á prestar su concurso á la educación intelectual.

Réstanos considerar otro aspecto de la cuestión, que no por referirse á un fin en cierto modo utilitario, deja de entrañar verdadera importancia. Al favorecerse en la escuela primaria, mediante la cultura artística, el poder creador del hombre, que instintivamente es llevado el niño á manifestar en sus juegos y otras expresiones de su libre actividad, se estimulan y benefician las aptitudes manuales, sobre todo las que se relacionan con el trabajo artístico, tan ligado en todos los países con los progresos materiales y el bienestar económico. Con esto se realizan dos fines de capital importancia: por una parte, se despiertan y pueden cultivarse aptitudes peculiares de los niños, lo que es una exigencia de toda buena educación, y por otra, se dan bases para la mejora y el adelanto del trabajo artístico é industrial, resentido en muchas partes (no hay para qué decir que en nuestro país principalmente) por faltarle esas bases en la educación primaria. De aquí el empeño con que en todos los pueblos se procura al presente introducir en las escuelas los ejercicios llamado *juegos y trabajos manuales*, tan estrechamente

una fuente de placer. Su papel en la educación intelectual es el de todo placer que no es excesivo: nos animan, nos impulsan y nos incitan al trabajo.,,

unidos á la enseñanza artística, como luego veremos, y cuya finalidad encuentra en esta cultura su cooperator más eficaz y valioso.

El auxilio que según resulta de lo dicho en el decurso del presente capítulo, presta la cultura artística á la educación en sus diversas esferas, constituye el mejor alegato que cabe hacer para mostrar la necesidad y urgencia de dar cabida en las escuelas primarias á dicha cultura (y de dársela con más extensión y sentido más amplio que hoy se hace en la mayoría de las en que se inicia á los niños en algunas de las materias referentes á la enseñanza artística) al intento de que sea en ellas un hecho la aspiración de Fröbel: que la educación sea también *educación por y para el Arte*.



El Arte en la escuela.

Sentido con que debe introducirse en las escuelas primarias la enseñanza artística y posición de ella en los programas escolares.— Aprendizaje que á este respecto deben hacer los alumnos.— Fines á que debe encaminarse en dichas escuelas la enseñanza artística: ¿cuál debe ser el principal de ellos?—Medios de que pueden valerse los maestros para dar esa cultura, y qué es lo primero que al efecto han de tener presente.—Necesidad de rodear al niño desde un principio de cosas bonitas, bellas.—Eficacia de este medio mostrada por el ejemplo que ofrecen los niños cuyas familias rinden en algún modo tributo al Arte: consejos de Sully.—La enseñanza artística como otro de esos medios: lo que debe comprender en tal concepto.—Idea de las Artes: bases para su clasificación.—Artes bellas y bello-útiles; ópticas y acústicas; subdivisiones; artes fundamentales y derivadas.—Determinación de las que deben llevarse á las escuelas.— Advertencias á los maestros respecto de la manera como deben considerar la enseñanza de las Artes en las escuelas, del alcance que han de dar al desarrollo del talento de ejecución así como al sentido crítico, y de lo que principalmente debe preocuparles.—Necesidad de poner en acción los instintos productores y creadores del niño.

De la premisa que acabamos de sentar, no debe sacarse en manera alguna la consecuencia de que la enseñanza del Arte se ha de introducir en el programa de las escuelas primarias con el sentido técnico que implica la preparación de artistas. Una cosa es que la escuela, como encargada de ponernos en condiciones de vivir la vida completa, cultive á la vez que las puramente intelectuales, las facultades á que